RICARDO J. CATARINEU

Mi sastre

ENTREMÉS

DE

ALFREDO CAPUS

Copyright, by Ricardo J. Catarineu, 1904

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
5558

MI SASTRE

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley

MI SASTRE

ENTREMÉS

DE

ALFREDO CAPUS

ADAPTADO POR

RICARDO J. CATARINEU

Estrenado en el TEATRO DEL ODEÓN de Buenos Aires, el 6 de Julio de 1904, y en Madrid, en el TEATRO LARA el 28 de Octubre del mismo año.

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

—

1908

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARGARITA.....	Sra. Rodríguez (Matilde).
CLEMENCIA.....	Srta. R. Menéndez.
PEDRO.....	Sr. Calle.

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

MI SASTRE

Habitación elegante

ESCENA PRIMERA

PEDRO y CLEMENCIA

CLEM. (Quitándole el bastón y el sombrero.) Señorito.. Hace un rato vino el cartero. Traía un certificado. No quiso dejarlo. Dijo que volverá.

PED. ¡Magnífico!... ¿A qué hora?

CLEM. De tres á tres y media. (Medio mutis.)

PED. Espere usted... Es fácil que venga también una señora.

CLEM. ¿Una señora?

PED. Le dirá usted que pase inmediatamente.

CLEM. ¿Sin preguntarle su nombre?

PED. Sería inútil, porque se negaría darlo... ¿Entendido?

CLEM. Está bien, señorito. (Da un paso y vuelve,) ¡Ah! ¿Y si viene el cartero—todo hay que preverlo—mientras la señora está aquí?

PED. Llama usted á la puerta; pero con discreción .. (Viendo una hoja de papel sellado en el escritorio.) ¿Eh? ¿Qué significa esto?

CLEM. Es una hoja de papel sellado. Acaba la portera de subirla. Había olvidado decirlo al señorito.

720800

PED. ¡Siempre igual!

CLEM. Como es cosa de poca importancia... Es del señor Pérez, el sastre.

PED. Ya, ya lo veo... (Leyendo.) «A instancias de don Jacinto Pérez...» ¡Cómo!... «Por tres mil doscientas pesetas...» ¡Hasta ahí podían llegar las bromas! ¡Mi sastre, que se permite demandarme!

CLEM. ¡Es escandaloso!

PED. (Repitiendo.) «Tres mil doscientas pesetas» ¡Hombre! ¡Me asombra deberle esa cantidad!

CLEM. (Acercándose.) ¿No se enfadará el señorito si me tomo la libertad de?...

PED. Vamos, suéltelo usted.

CLEM. (Tímida.) ¿Es verdad que el señorito está completamente arruinado?

PED. ¡Caracoles!... ¿Y puede saberse con qué título me dirige usted esta pregunta?

CLEM. Por nada malo, señorito. Al contrario. Ayer lo decíamos Juan y yo: «Si es verdad que el señorito está arruinado, le propondremos seguir á su servicio...»

PED. ¡Gracias, gracias!

CLEM. (Prosiguiendo.) «El señorito nos pagará más adelante... Con los intereses... Los intereses capitalizados...»

PED. ¡Ya!...

CLEM. ¡Juan y yo tenemos confianza en el señorito! ¡No faltaba más!

PED. No, Clemencia; no me encuentro en ese caso, gracias á Dios. Ando, sencillamente... apuradillo.

CLEM. El señorito es demasiado bueno con las mujeres.

PED. Por otra parte, espero carta de mi tío.

CLEM. (Sonriente.) ¿Con dinero?

PED. Usted lo ha dicho. (Llaman.) ¡Ah!

CLEM. Voy á abrir. Puede que sea el cartero.

PED. O la señora.

CLEM. (Desde el umbral.) ¿Preferiría el señorito que fuera la señora ó el cartero?

PED. La señora; porque el cartero ya sé que no ha de arrepentirse.

ESCENA II

PEDRO, después MARGARITA

PED. (Mirando el reloj) ¡Las dos y media! ¡La hora de la cita anhelada! (Abrese la puerta. Entra Margarita. Pedro sale á su encuentro.) ¡Es usted muy buena!

MARG. Demasiado. Me están dando ganas de marcharme...

PED. Sería una verdadera crueldad. Quítese usted el sombrero. ¿Quiere usted que la ayude?

MARG. Gracias; no hace falta... Ya adivino lo que está usted pensando en este momento.

PED. Si lo adivinara, se quitaría el sombrero.

MARG. Está usted diciéndose para sus adentros: «Decididamente, es una cualquiera.»

PED. ¿Cómo puede suponer semejante cosa?

MARG. ¡Sí! ¡Si no le falta motivo para juzgarme así! Me conoció en la calle, hará apenas dos meses. Me siguió con el mayor descaro. Entré en una tienda para librarme de su persecución; me esperó á la puerta. Tomé un coche y usted tomó otro.

PED. Hubiera sido preferible tomar el mismo.

MARG. Resuelta á que usted no averiguara las señas de mi casa, le hice al cochero llevarme de paseo. Dí vueltas y más vueltas. ¡Dos horas de coche!

PED. ¡Ya le he ofrecido á usted reintegrarle el gasto!

MARG. Al fin me ví obligada á refugiarme en casa de una amiga. Algunos días después la casualidad nos hizo hallarnos nuevamente. Y como ahora he venido aquí, es evidente que tiene usted razón sobrada para creerme una cualquiera.

PED. Forma usted de mí idea bien pobre, bien injusta... Francamente, si la primera vez que nos encontramos usted hubiera aceptado venir á cenar conmigo, claro es que yo no lo habría sentido, pero no hubiera formado

la mejor opinión. Entonces sí, entonces me hubiera dicho: «Seguramente es una mujer cualquiera.»

MARG. Mientras... al cabo de dos meses...

PED. Mientras, al cabo de dos meses me digo: «Seguramente es una mujer casada.» Confiese usted que no me equivoco.

MARG. Pero en lo que se engañará usted será en suponer que vine á cometer locuras.

PED. ¡Ah! ¡Es que yo no lo consentiría!

MARG. Una mujer que se aburre puede dejarse llevar de la curiosidad, más aún, del encanto de intentar una aventurilla. ¡Pero de esto á olvidar sus deberes va mucha distancia!

PED. Yo no le digo que los olvide. Me conformo con que no piense usted en ellos constantemente.

MARG. Puede estar seguro de que si no me hubiera usted nombrado á tres ó cuatro personas que conozco, si no tuviéramos amistades comunes, jamás hubiera yo venido aquí ni con el propósito más inocente de la tierra. (Se sienta.)

PED. ¡Convencido! Como usted, por su parte, debe confesar que me conduje con la mayor corrección. Le dije en seguida mi nombre, y tuve la delicadeza de no preguntarle el de su marido. Me contenté con saber el de usted.

MARG. ¡Apostaría á que ya lo ha olvidado!

PED. ¡Por Dios!

MARG. Vamos á verlo.

PED. (Aproximándose.) Voy á decírselo á usted al oído.

MARG. (Alejándose.) Lo oigo bien así.

PED. ¡Margarita! ¡Casualmente, mi nombre favorito!

MARG. ¡Sí que es casualidad! (A Pedro, que se acerca demasiado.) ¿Quiere usted hacerme el favor de retroceder? Hasta ahora se mostró atento y bien educado. No pierda usted lo que lleva ganado en mi concepto.

PED. ¡Pero es que yo la adoro á usted, á pesar de mi cortedad! ¡La adoré desde que la ví por

vez primera! ¿No tiene usted compasión de mis sentimientos?

MARG. Mi presencia aquí demuestra, cuando menos, que no me es usted antipático.

PED. ¡Yo había llegado á esperar algo más!

MARG. ¿Qué supuso usted cuando me vió entrar?

PED. ¿Qué supuse?...

MARG. ¿Se figuró usted acaso que yo era una conquista sin consecuencias?

PED. Usted me ofende.

MARG. Sepa usted que no hay para una mujer casada resolución más transcendental que la de elegir un amante.

PED. No digo lo contrario.

MARG. Es preciso reflexionarlo meses y meses, y nunca sería demasiado.

PED. Pero hay que acabar por decidirse.

MARG. Y hasta en ese momento es necesario meditarlo aun. Hace falta esperar—¿cómo lo diría yo?—que llegue la ocasión dulce, agradable, imprevista; una circunstancia que no pueda menos de dejar en el alma recuerdo imborrable. La sola atenuación, ya que no disculpa, que puede tener la mujer que se entrega, está en entregarse así, como un regalo en un día de fiesta.

PED. Precisamente hoy es mi santo.

MARG. Además, antes de interesarme por usted, de llegar á quererle, suponiendo que este caso llegara, necesitaría conocer sus gustos, su carácter, sus costumbres, su modo de ser...

PED. Es lógico... Pregunte usted... Prometo contestar lealmente.

MARG. ¡No ande usted dando vueltas á mi alrededor, hombre! ¡Siéntese usted tranquilo!... Ahí... No tan cerca...

PED. Empiece el interrogatorio.

MARG. ¿Qué edad tiene usted? No me engañe.

PED. Treinta y cuatro años.

MARG. ¿Carrera ó profesión?

PED ¡Absolutamente ninguna!

MARG. ¡Ya! ¿Vive usted de sus rentas?

PED. Usted lo ha dicho.

MARG. En este caso, es usted un vividor, sencillamente un vividor...

PED. Perdone usted, perdone usted..

MARG. ¡Un calavera!

PED. Permita usted, señora...

MARG. Lo cual no ofrece grandes garantías.

PED. Difícilmente se encontraría otro hombre más formal.

MARG. ¿Tendrá usted algún lío?

PED. Le aseguro á usted, señora, que ninguna mujer... ¡Cómo! ¿Cree usted que si hubiera tenido una amante me habría permitido hacerla á usted el amor?

MARG. Pero en su vida, á sus años, á la fuerza habra usted tenido *algo* con alguna mujer.

PED. ¿A la fuerza precisamente?

MARG. ¿Y fué ella quien le dejó ó fué usted quien puso término á las relaciones?

PED. La sinceridad me obliga á decir que fuí yo.

MARG. ¿Y por qué?

PED. ¿Que por qué la dejé?

MARG. Sí.

PED. Porque se escapó con un amigo mío.

MARG. ¿Y ahora lleva usted una vida completamente ordenada?

PED. Según lo que entienda usted por eso.

MARG. Por ejemplo, ¿es usted jugador?

PED. ¡Señora!

MARG. A mí nadie me quita de la cabeza que á usted le gusta verlas venir.

PED. Eso lo dirá usted porque usted ha venido.

MARG. Me refiero á las cartas. Decididamente usted es un jugador. ¡Era lo que nos faltaba! Precisamente lo que más aborrezco.

PED. Me enmendaré.

MARG. Lo dudo. (Se levanta.)

PED. Le doy palabra de que sabré enmendarme. Cabalmente cuando usted entró estaba yo jurándome no volver á apuntar á una carta en mi vida.

MARG. Probablemente porque en la noche anterior habrá usted perdido.

PED No sólo por eso.

MARG. No hay mayor desgracia que unirse á un

jugador. Cuando pierde, tiene un carácter insoportable. Apenas mira á la mujer.

PED. Pero, ¿y cuando gana?

MARG. Cuando gana, la engaña. Está probado. Yo tuve un primo que pegaba á su mujer cada vez que perdía.

PED. Le traería suerte.

MARG. Sin contar con que el juego lleva consigo infinidad de calamidades Las deudas, por ejemplo.. Con seguridad tendrá usted deudas.

PED. Señora.. En estos tiempos, ¿quién no las tiene?

MARG. Lo cual supone que tendrá acreedores. Tal vez desde la mañana hasta la noche estarán colgados de la campanilla. O le darán escenas violentas en plena calle. Aunque le acompañara á usted una mujer, no se contendrían. ¡Sí que es agradable! (Ve la citación judicial que Pedro dejó sobre un mueble.) ¿Cómo? ¿Qué es esto?

PED. Nada. Un papel sin importancia.

MARG. No. Es papel sellado. ¡Vea usted á dónde le ha conducido el juego! ¡A recibir papel sellado!

PED. Una equivocación.

MARG. ¿Y de quién procede? ¿De su casero de usted?

PED. No. (Suspirando.) ¡Del sastre!

MARG. (Indignada.) ¿Qué? ¿No paga usted al sastre?

PED. ¡No lo merece! ¡Atreverse á citarme á juicio! ¡A mí, á uno de sus mejores parroquianos y de sus mejores amigos!

MARG. ¡Lucida estará la parroquia!

PED. Además, me viste infamemente.

MARG. Al contrario. Resulta usted elegante.

PED. ¡Tanta amabilidad!

MARG. No digo que lo sea usted por naturaleza, sino que va usted elegantemente vestido.

PED. ¡Ah! ¡Ya!... Es favor.

MARG. ¿Y le deberá usted una barbaridad?

PED. No lo sé á punto fijo. (Leyendo.) «Tres mil doscientas pesetas».

MARG. ¡La mar!

PED. ¡Y las costas!
MARG ¿Y deberá usted también al zapatero?
PED ¡Señora!
MARG. Y al sombrerero.
PED Pero...
MARG. Y la casa, y la comida y ¡sabe Dios!... ¡Y todos le citarán á juicio!... ¡Es decir, que al venir á verle me he expuesto á llegar entre alguaciles!... ¡Nada! ¡Nada! ¡Me marcho!
PED ¡Margarita! ¡Yo le suplico!...
MARG. ¡Nunca! ¡Jamás!... Mire usted; yo tuve un primo...
PED. (Interrumpiéndola.) ¡No sabe usted hablar más que de él! Yo también tuve un primo.
MARG. ¿Era jugador?
PED. ¡Más que el de usted!
MARG. Lo dificulto.
PED. Pasaba las noches enteras en el Casino. Se dejaba todas sus rentas sobre el tapete verde. Hasta que un día conoció á una mujer y la amó. Era una señora por el estilo de usted; como usted preciosa, pero que se diferenciaba de usted en que sabía compadecerse de las debilidades humanas. Así, perdonaba las faltas y absolvía con tanta generosidad, que no dejaba el menor deseo de reincidir. Al ver lo mucho que mi primo la quería, ella también le amó.
MARG. (Dejándose coger la mano.) ¿Y él, qué hizo?
PED. Aspiró á mostrarse digno de ella. No volvió á jugar. Se quitó el vicio en absoluto.
MARG. Perfectamente.
PED Y después se corrigió de todos sus demás defectos, acabando por ser trabajador, ordenado, sin otro cuidado que sus amores.
MARG. Su primo de usted era un hombre.
PED Es de familia... Pues bien; á los tres meses estaba desconocido. Llevaba la vida más metódica. ¡Había pagado todas sus deudas!
MARG. ¡Ah!
PED. Al casero.
MARG. Al zapatero.
PED. Al sombrerero.
MARG. ¿Y al sastre?

PED. ¡Y al sastre!... ¡Y todo esto gracias á la influencia de aquella hada que supo dominarle, regenerarle á fuerza de ternura. (La obliga á sentarse y se acerca á ella.)

MARG. Pero ¿era de veras su primo de usted?

PED. ¡Un hermano casi! (Le besa la mano.) ¿Sabe usted lo que usted haría si fuera buena, si tuviera interés en corregirme?

MARG. Veamos ¿Qué?

PED (Levantándose.) En primer lugar, se quitaría usted el sombrero para que yo admirara esa hermosa cabellera que no he visto aún... Además, tomaría usted una copita de Jerez con bizcochos.

MARG. (Quitándose el sombrero.) Conformes. No dirá que no soy bien mandada.

PED. (Acercando un velador y trayendo botella y vasos.) ¡Es usted encantadora!

MARG. Pero nada más que una copita... Y nada más que un bizcocho. (Llaman suavemente a la puerta.) ¡Llaman!

PED. No se asuste usted.

MARG. ¿Será otro inglés?

PED. ¿Usted cree que mi casa es la Alhambra ó la Catedral de Toledo?

ESCENA III

DICHOS. CLEMENCIA. Clemencia, cerca de la puerta, con el cuaderno del cartero en la mano, da éste y la carta á Pedro, hablándole en voz baja

CLEM. Señorito, aquí tiene usted el certificado. Dice que es necesario que usted firme el recibo.

PED. Perfectamente. (A Margarita.) Le ruego que me perdone... Sólo se trata de una firma... Para un certificado. (Ya en la mesa.)

CLEM. (Aparte.) ¡Luego dirá que le sacan el dinero! ¿Qué necesidad tenía de contárselo?

PED. (Devolviendo el cuaderno á Clemencia.) Ya está. No deje usted de darle propina.

CLEM. (Aparte.) Le daré un real y diré que dos.

ESCENA IV

PEDRO y MARGARITA

PED. (Volviendo.) ¿Un bizcochito? (Se lo ofrece.)

MARG. No se moleste; yo me serviré. Lea usted su carta.

PED. Si usted me lo permite. (Rompe el sobre.) Es de mi tío.

MARG. (Sonriendo.) ¿Que tiende su mano protectora al pícaro sobrino?

PED Si yo le hubiera dicho ..

MARG. Que era para jugarlo al monte... probablemente no le enviaría ese dinero.

PED Mire usted. Voy á serle franco. Efectivamente, había pensado con estas cinco mil pesetas desbancar esta noche en el Casino.

MARG. ¡Qué horror!

PED. Pero, si usted lo desea, no iré.

MARG. Esto ya es un progreso.

PED. (Tratando de aproximarse.) ¿Que me valdrá una recompensa?

MARG. (Rechazándole.) Va usted muy aprisa.

PED Es para avanzar por la senda del bien.

MARG. (Levantándose.) ¿Está usted decidido á seguir por el camino del bien?

PED. Con tal de que lo recorramos juntos....

MARG. Necesito alguna garantía, alguna demostración.

PED. Mande usted. Yo obedezco.

MARG. Es preciso empezar por emplear debidamente ese dinero.

PED. ¿Por ejemplo?

MARG. Por ejemplo, pagando sus deudas.

PED. ¡Por Dios! ¿Pagar todas mis deudas con cinco mil pesetas? ¡Qué idea tan pobre tiene usted de mí!

MARG. Algo es algo. Elija usted á los acreedores más temibles. ¿No tiene usted uno que ya le ha demandado?... Pues empezar por ese.

PED. ¿Al sastre? ¿Pagar yo al sastre?

MARG. Ya comprenderá usted que eso me es indi-

ferente. Pero sólo normalizando su vida, podrá usted acaso conseguir algún día...

PED. ¡Promesa encantadora! Desde este momento seré esclavo de su voluntad.

MARG. Muy bien.

PED. Empezaremos por pagar al zapatero. ¿Qué le parece á usted?

MARG. ¿Le debe usted mucho?

PED. Cuarenta pesetas.

MARG. ¡Una porquería! Está visto que no se puede hablar con usted en serio, y decididamente me marcho.

PED. ¡Margarita! ¡Mi querida Margarita!... (Obligándola á sentarse.) ¡No sea usted cruel!

MARG. No. Pero usted quiere que yo se lo sacrifique todo, y por el contrario, en cuanto le inicio el menor capricho...

PED. ¡Pero es que le debo tres mil pesetas á ese maldito sastre!... (Nuevo gesto de enojo en ella.) En fin, tiene suerte ese imbécil. Por complacerla á usted, voy á saldar su cuenta. Pero con una condición.

MARG. ¿Cuál?

PED Que me permita usted abrazarla.

MARG. Cuando le haya usted pagado. Soy muy testaruda.

PED. ¡Sea!... ¡Le pagaré mañana!

MARG. ¿Y por qué no ahora?

PED ¿Lo exige usted?

MARG. Así me probará que ejerzo alguna influencia.

PED. (Ansioso.) ¿Y luego?

MARG. Luego... ya veremos. Los sacrificios se hacen sin condiciones.

PED. Voy á enviarle su dinero en el acto.

MARG. No olvide usted pedirle el recibo.

PED. No hay que temer. Es un hombre honrado. Insoportable, pero honrado.

MARG. Llame usted á la criada.

PED. (Reflexionando.) ¿Y si le enviáramos algo á cuenta?

MARG. ¿Ya vacila usted?

PED. Como usted disponga. No podrá quejarse de mí.

MARG. Es usted muy amable.

PED. ¿Dónde hay un sobre? (Lo busca, lo encuentra y mete los billetes contándolos.) Mil... dos mil... tres mil... ciento... y doscientas... ¿Al menos, comprenderá usted toda la grandeza de mi sacrificio?

MARG. Voy á llamar.

PED. (Adelántase y toca el timbre.) ¡Ah! Las señas. (Escribiendo.) Señor don Jacinto Pérez. (Riéndose.) Se llama Pérez.

MARG. ¡Es gracioso!

ESCENA V

DICHOS y CLEMENCIA

CLEM. ¿Señorito?

PED ¿Ha vuelto Juan?

CLEM. Sí, señorito.

PED. Que lleve esta carta inmediatamente y aguarde contestación.

CLEM. Está bien, señorito.

ESCENA VI

PEDRO y MARGARITA

PED. (Riéndose.) ¡Me río de pensar que mi sastre no sospechará que ya le he pagado!

MARG. Esté usted tranquilo. Yo no se lo diré.

PED. (Estupefacto.) ¿Le conoce usted?

MARG. Es mi marido.

PED (Incorporándose.) ¿Su...?

MARG. Servidora. La señora de Pérez.

PED ¿Usted?

MARG. Y crea que le quedo muy agradecida.

PED. (Conteniéndose.) Señora; reciba usted mi felicitación. Es usted una actriz consumada. Se ha burlado de mí con verdadera alevosía.

MARG. ¿Burlarme? ¿Por qué?

PED. (Sin contestar.) Aquí tiene usted su sombrero,

señora. Y felicite en mi nombre también al señor Pérez, que recibirá el dinero de un momento á otro.

MARG. (Poniéndose el sombrero.) ¡Siempre injustos!... ¿Cree usted que sólo me movió la codicia al venir aquí?

PED. Pues, ¿qué otra cosa?

MARG. Las mujeres sabrán siempre doble que los hombres.

PED. ¿Será usted capaz de pretender hacerme creer que me quiere?

MARG. No; eso, no... No tengo derecho... Una mujer casada no puede querer más que á su marido. (Alejándose melancólicamente.)

PED. (Emocionado.) ¡Margarita!... ¿Y no volverá usted?

MARG. (Desde la puerta.) ¡Quién sabe!... ¡Si tiene usted otra cuenta!... (Telón.)

FIN DEL ENTREMÉS

Obras de Ricardo J. Catarineu

Flechazos, versos. Con prólogo de Melchor de Palau.(Agotada)
Tres noches, poema en verso. (Agotada.)
Giraldillas, versos. Con prólogo de Clarín.
Los forzados, versos. Con una portada de Vicente Cutanda.
Estrofas, versos. Con prólogo de Manuel Bueno.
Almas errantes, novela. (De *El Cuento Semanal).*
Los fiambres, juguete cómico en un acto y en prosa. Lara, Madrid. (En colaboración con Pedro Sabau.)
La romería, zarzuela en un acto y en verso. Campoamor, Oviedo. (*)
Venalidad, drama en un acto y en prosa. Princesa, Madrid.
Por los hijos, monólogo en verso. Apolo, Madrid.
El deber, comedia en dos actos y en prosa. Comedia, Madrid. (En colaboración con Pedro Mata).
La otra, comedia en un acto y en prosa. Lara, Madrid. (En colaboración con Pedro Mata).
La mentira del amor, comedia en tres actos y un epílogo. Español, Madrid. (En colaboración con Manuel Bueno).

TRADUCCIONES Y ARREGLOS

Versos de Maupassant, traducción en verso. (Del libro *Los domingos de un burgués en París,* editado por el Sr. Ruiz Contreras).
El equipaje del rey José, zarzuela en un acto, en prosa y verso, inspirada en Galdós. Apolo, Madrid. (*)

(De Coppèe):

La huelga de los herreros, monólogo en verso. Comedia, Madrid.
El banco, monólogo en verso. Princesa, Madrid.
El caminante, idilio en un acto y en verso. Comedia, Madrid.

(De Sudermann):

El rincón de la dicha, comedia en tres actos y en prosa. Princesa, Madrid. (*)

(De Bernstein):

La ráfaga, drama en tres actos y en prosa. Comedia, Madrid. (*)

El ladrón, comedia en tres actos y en prosa. Español, Madrid. (*)

(De Sardou):

La pista, comedia en dos actos y en prosa. Comedia, Madrid. (*)

(De Heyjelmans):

El «Buenaventura», drama de mar en cuatro actos y en prosa. Principal, San Sebastián. (*)

(De Nani):

Tempestad en la sombra, drama trágico en un acto y en prosa. Novedades, Barcelona. Lírico, Madrid. (*)

(De Capus):

Mi sastre, entremés en prosa. Odeón, Buenos Aires. Lara. Madrid.

(De E. Manuel):

Los obreros, drama en un acto y en verso. Español, Madrid. (*)

(De Delpit):

El hijo de Coralia, comedia en cuatro actos y en prosa. Princesa, Madrid. (*)

(*) En colaboración

ADVERTENCIA

Queda prohibida en absoluto la venta de est
ejemplar.

La edición se ha hecho única y exclusivament
para el servicio de las compañías que represen
ten la obra.